

medios para volver á entrar en mis derechos ;» y en otra ocasion se le oyó decir : «Tengo aun tres cartas que jugar de las que una sola me bastará para ganarlo todo.»

Eso no obstante una circunstancia llegó á turbar su bien estar : casi hasta lo último de su permanencia en Windsor habia sido tratado y servido con toda la etiqueta de la córte : comia en público, en el salon de gala, bajo dosel ; el chambelan, el trinchante, el repostero todos cumplian su deber en la forma acostumbrada ; le presentaban la copa de rodillas, le llevaban los platos cubiertos, se los probaban y él disfrutaba con gravedad de esta solemne sumision. De repente, por una comunicacion recibida del cuartel general cambió el ceremonial del servicio : soldados eran en lo sucesivo los que le presentaban los platos descubiertos sin probarlos anteriormente, ni servirlos de rodillas, hasta la etiqueta del dosel cesó del todo ; Cárlos sintió amargo tormento : «Los miramientos que se me rehusan no han faltado jamás á ningun soberano, ni á ninguna persona de elevada gerarquía, decia el abatido monarca. ¿Habrà nada mas despreciable en el mundo que un príncipe que han reducido al envilecimiento?» Y para no presenciar este insulto, únicamente quiso comer en su aposento, casi solo y escogiendo él mismo dos ó tres platos de los de la lista que le presentaban.

El viernes, 19 enero, un cuerpo de caballeria apareció en Windsor, Harrison á su frente, encargado de llevarse al rey : una carroza con seis caballos esperaba en el patio del castillo. Cárlos subió en ella, y algunas horas despues habia entrado en Lóndres en el palacio de Saint-James, rodeado todo de guardias ; dos centinelas en la puerta de su mismo aposento ; Herbert quedó solo para servirle, y dormia al lado de su cama.

Al otro dia (20), á cosa del medio dia, el supremo tribunal, reunido de antemano en sesion secreta con la cámara, se aprestaba á arreglar los últimos detalles de su mision ; la oracion acostumbrada se habia concluido apenas cuando vinieron á anunciar que el rey en un coche cerrado y entre dos hileras de soldados iba á llegar ; Cromwell corrió á la ventana, y volviendo al instante pálido, y por tanto muy animado : «Aquí está, aquí está ; señores, está cercana la hora de la grande obra ; decidid con prontitud, os suplico, lo que tendreis que responderle ; porque él os preguntará seguramente al instante en nombre de que autoridad pretendéis juzgarle.» Nadie habló. «En nombre de las municipalidades asociadas al parlamento y de todo el buen pueblo de Inglaterra :» dijo Henry Martyn. Ninguno se opuso : el tribunal se puso en marcha para diri-

girse á la gran sala de Westminster : al frente iba el presidente lord Bradshaw ; llevaban delante de él la espada y maza ; diez y seis oficiales armados de partesanas precedian al tribunal.

El presidente se sentó en un sillón de terciopelo carmesí ; á sus piés se veia el secretario sentado en frente de una mesa cubierta de rica alfombra de Turquía, y sobre la que se habia colocado la espada y la maza ; á derecha é izquierda, sobre asientos de escarlata, los miembros del tribunal ; á los dos extremos los maceros un poco mas adelante del tribunal. Instalado este, se abrieron todas las puertas ; la muchedumbre se precipitó á la sala : restablecido el silencio, y despues de la lectura del acta de la cámara que instituia el tribunal, se hizo nominal llamamiento ; sesenta y nueve miembros estaban presentes. «Ujier, dijo Bradshaw, mandad comparecer el preso.

Apareció el rey, bajo la guarda del coronel Hacker y treinta y dos oficiales ; un sillón de terciopelo carmesí le estaba preparado en la barra : se adelantó hácia él, mirando severa y fijamente al tribunal ; ocupó el sillón sin quitarse el sombrero ; se levantó frecuentemente, miró detrás de sí la guardia situada á la izquierda, y la multitud de los espectadores á la derecha de la isla, dirigió una mirada á los jueces, y despues volvió á ocupar su asiento en medio del silencio universal.

Bradshaw se levanta al instante : «Cárlos Estuardo, rey de Inglaterra, le dijo, los Diputados de Inglaterra reunidos en parlamento, profundamente penetrados de los males que han caido sobre esta nacion, y de los que sois considerado como el principal autor, han resuelto perseguir el crimen de sangre ; con esta intencion han instituido este supremo tribunal de justicia, delante del cual compareceis hoy. Vais á saber los cargos que se os hacen.»

El procurador general Coke se levantó para tomar la palabra : «Silencio !» dijo el rey tocándole con su bastón en la espalda ; Coke se volvió á mirarlo lleno de irritacion y de sorpresa ; el puño del bastón del rey habia caido al suelo : momentánea aunque profunda turbacion apareció en sus facciones ; ninguno de sus servidores estaba allí para cogerle el puño ; se bajó, lo cogió él mismo, se volvió á sentar, y Coke leyó el acta de la acusacion, que imputaba al rey todos los males nacidos de su tiranía, y luego de la guerra, y pedia que estuviese obligado á responder á los cargos y que se le condenase como á tirano, traidor y asesino.

Durante esta lectura, el rey siempre sentado dirigia ya sobre los jueces, ya sobre el pueblo, tranquilas miradas : cierto momento se levantó

de nuevo, dió la espalda al tribunal para mirar detrás de sí, y se volvió á sentar al parecer curioso é indiferente. A las solas palabras de «Carlos Estuardo, tirano traidor y asesino,» se rió aunque siempre en silencio.

Acabóse la lectura : «Señor, dijo Bradshaw al rey, habeis oido vuestra acusacion : el tribunal espera la respuesta.»

*El rey* : Querría saber por qué poder soy llamado aquí. Yo estaba, aun no ha mucho tiempo, en la isla de Wight, tratando con las dos cámaras del parlamento, bajo las garantías de la fé pública. Estábamos cercanos á concluir el tratado : quiero saber por qué autoridad, se entiende legítima, pues hay en el mundo muchas ilegítimas, por ejemplo, las de ladrones y asesinos, querría, digo, saber por qué autoridad se me ha sacado de allí, llevándome de acá á acullá, no se con que intencion. Cuando sepa cual es esta legítima autoridad contestaré.

*Bradshaw* : Si hubieseis puesto atencion á lo que os ha dicho el tribunal en el momento de vuestra llegada, sabriais cual es esta autoridad. Se os requiere en nombre del pueblo de Inglaterra del que fuisteis elegido rey : debeis responderle.

*El rey* : No, señor, niego ese precedente.

*Bradshaw* : Si no reconocéis la autoridad del tribunal, procederá contra vos.

*El rey* : Yo os digo que la Inglaterra nunca ha sido jamás un reino electivo, pues hace mas de mil años que es reino hereditario. Hacedme pues conocer por qué autoridad soy llamado aquí. Allí está el señor teniente coronel Cobbet, preguntadle si solo con la fuerza logró sacarme de la isla de Wight. Yo sostendré aquí como cualquier otro los privilegios de la cámara de los diputados. ¿Dónde están los lores? Yo no veo ningun lord aquí para poder constituir el parlamento, para lo cual seria preciso tambien un rey : ¿es de este modo como se llama á un rey á su parlamento?

*Bradshaw* : Señor, el tribunal espera de vos una respuesta definitiva. Si lo que os decimos de nuestra propia autoridad no os basta, á nosotros nos satisface porque sabemos que se funda en la autoridad de Dios y del reino.

*El rey* : No es mi opinion ni la vuestra quien lo debe decidir.

*Bradshaw* : Se os ha oido : se dispondrá de vos segun las órdenes del tribunal. Que se lleven al preso. El tribunal se reunirá el lunes próximo.

Retiróse el tribunal ; salió el rey con la misma escolta que le habia

conducido. Al levantarse vió la espada que estaba en la mesa : «Yo no tengo miedo de esta,» dijo señalándola con su palo. Al bajar la escalera se oyeron algunas voces que clamaban : «Justicia! Justicia!» Pero mucho mayor número gritaba : «Dios guarde al rey! Dios salve á V. M.!»

Al otro dia al abrirse la sesion habia sesenta y dos miembros presentes ; se mandó bajo pena de encarcelamiento que se guardase el mas profundo silencio : el rey á su llegada, no dejó de ser acogido con viva aclamacion. Empezó la misma discusion igualmente obstinada por ambas partes : «Señor, dijo finalmente Bradshaw, ni vos ni nadie será admitido á rehusar tribunal que está aquí sentado por autoridad de los diputados de Inglaterra, ante los cuales vos y vuestros antecesores habeis sido responsables.

*El rey* : Lo niego ; mostradme un antecedente.

Bradshaw se levantó encolerizado.

*Bradshaw* : Señor, no estamos aquí para responder á vuestras preguntas ; responded á la acusacion si sois culpado ó no culpado.

*El rey* : Aun no habeis oido mis razones.

*Bradshaw* : Ninguna razon podeis alegar contra la mas suprema de todas las jurisdicciones.

*El rey* : Mostradme pues esta jurisdiccion, que no se entiende de razones.

*Bradshaw* : Ya os la mostramos aquí : estos son los diputados de Inglaterra : que se lleven al preso.

El rey se dirigió al pueblo : «tened presente, dijo, que el rey de Inglaterra es condenado sin que le sea permitido dar sus razones en favor de la libertad del pueblo!» y un grito casi general exclamó : «Dios salve al rey!»

La sesion del otro dia, 23 enero, produjo las mismas escenas : la simpatía del pueblo hácia el rey crecia cada dia mas y mas ; en vano los oficiales y soldados irritados clamaban á su vez : «Justicia! ejecucion!» La multitud aterrada callaba un instante, pero luego por cualquier accidente, olvidaba su temor y el grito de «Dios salve al rey!» resonaba por todas partes. En las mismas filas del ejército tuvo lugar : el 23, pasando Carlos por ellas al salir de la sesion, un soldado de la guardia dijo bastante alto : «Señor, Dios os bendiga!» un oficial le sacudió con su baston : «Caballero, dijo el rey alejándose, el castigo sobrepuja la falta.» Al mismo tiempo llegaban de afuera representaciones, pasos poco temi-

bles en verdad, pero que sostenian la indignacion pública. El ministro de francia remitió á la cámara baja una carta de Enriqueta María que pedía el permiso de reunirse á su marido, ya para obligarle á rendirse á su voluntad, ya para consolarle con su amor.

El príncipe de Galles escribió á Fairfax y al consejo de oficiales, con esperanza de despertar en su corazon algun sentimiento de lealtad. Los comisionados de Escocia protestaron oficialmente en nombre de aquel reino contra todo lo que pasaba. Se anunció la próxima llegada de una embajada de los estados generales enviada para intervenir en favor del rey.

Ya el mismo John Cromwell, oficial al servicio de Holanda, y primo de Oliverio, estaba en Lóndres, quejándose al teniente general y casi amenazándole. Se descubrió y detuvo la impresion de un manuscrito titulado : *Suspiros Reales*, obra del mismo rey, decian, y capaz de escitar su sola lectura un levantamiento. Por todas partes en fin se levantaban, si no grandes obstáculos, á lo menos nuevas causas de fermentacion, que desaparecerian seguramente, segun creian los republicanos, al estar resuelta la cuestion, pero que mientras estuviese indecisa la harian cada dia mas embarazosa y temible.

Resolvieron salir luego de este estado, suprimir todo debate y que solo compareciese el rey para saber su sentencia. Sea por un resto de respeto á las formas legales, ó ya para producir nuevas pruebas de la mala fé de Carlos en las negociaciones, el tribunal empleó los dias 24 y 25, en recoger las declaraciones de treinta y dos testigos. El 25, al fin de la sesion, y casi sin discutirlo se votó la condena del rey como á tirano, traidor, asesino y enemigo del país. Scott, Martyn, Harrison, Lysle, Say, Ireton y Love fueron encargados de redactar la sentencia. Solo cuarenta y seis miembros habia aquel dia. El 26, sesenta y dos miembros presentes, sin leer casi la sentencia fue discutida y adoptada. El tribunal se reunió al otro dia para pronunciarla.

El 27, á medio dia, despues de dos horas de conferencia dentro la cámara, se abrió la sesion segun costumbre por el llamamiento nominal: al oír el nombre de Fairfax, «vale demasiado para estar ahí» respondió una voz de mujer del fondo de una galería. Despues de un momento de sorpresa y duda, continuó la lista; sesenta y siete miembros estaban presentes. Cuando el rey entró en la sala, levantóse horrible gritaría. «Ejecucion! justicia! ejecucion!» Los soldados estaban muy animados; algunos oficiales, Axtell mas que todos, que mandaba la guardia, los escitaban á

gritar; algunos grupos situados en diversos puntos de la sala secundaban sus clamores, la multitud callaba consternada.

«Señor, dijo el rey á Bradshaw antes de sentarse, pido decir una palabra; espero que no os daré motivo de interrumpirme.»



ENRIQUETA MARIA.

*Bradshaw* : Respondereis cuando os toque, antes escuchad.

*El rey* : Caballero, si os place, deseo que se me oiga, solo una palabra. Un inmediato juicio...»

*Bradshaw* : Sereis escuchado cuando será tiempo; ahora debeis escuchar.

*El rey* : Caballero, yo deseo... Lo que tengo de decir es relativo á lo que segun creo va á pronunciar el tribunal; y no se debe ir precipitado en una sentencia.

*Bradshaw* : Se os escuchará, señor, antes de dar la sentencia. Hasta entonces, debeis absteneros de hablar.

Asegurado de esta suerte, aparecieron algo serenas las facciones del rey; se sentó; Bradshaw volvió á tomar la palabra.

« Señores, dijo, es bien sabido de todos que el preso de la barra ha comparecido muchas veces ante el tribunal para responder á una acusacion de traicion y otros grandes delitos presentada contra él en nombre del pueblo de Inglaterra.

» Ni siquiera la mitad del pueblo, gritó la misma voz que habia resonado cuando se pronunció el nombre de Fairfax : dónde está el pueblo? dónde su consentimiento? Oliverio Cromwell es un traidor.»

La asamblea toda tembló; todas las miradas se dirigieron hácia la galería : « ¡Fuera p... gritó Axtell; soldados, fuego á ellas! » Entonces se vió que la que habia gritado era lady Fairfax.

Una turbacion general estalló; los soldados esparcidos por todas partes y amenazando tenian mucho trabajo en contenerla; un poco restablecido en fin el orden, Bradshaw hizo presente la obstinacion con que rehusó el rey responder á la acusacion, la notoriedad de los crímenes que le eran imputados, y declaró que se habia acordado en la sentencia escuchar la defensa del preso, si desistia de no querer reconocer su jurisdiccion.

« Pido, dijo el rey, ser oido en la cámara de los lores y diputados, sobre una proposicion, que importa mucho mas á la paz del reino y á la libertad de mis súbditos que á mi propia conservacion.»

Una viva agitacion cundió entre los presentes; amigos ó enemigos todos procuraban adivinar á que fin pedia esta conferencia el rey con las dos cámaras, y que era lo que queria proponer : circulaban distintos rumores; la mayor parte creian que queria abdicar su corona en favor de su hijo. Pero de todos modos era sumo el embarazo; el partido, á pesar de su triunfo, no se sentia con medios de perder tiempo, ni con ánimo de correr nuevos peligros; aun entre los mismos jueces se dejaba entrever alguna duda.

Para eludir el peligro sostuvo Bradshaw que la demanda del rey solo era un efugio, á fin de recusar de hecho la jurisdiccion de la audiencia; una larga y sutil discusion se movió entre ellos por este motivo. Cárlos

insistia siempre con mas calor para ser oido, pero cada vez los soldados movian mas ruido á su alrededor injuriándole abiertamente : los unos fumaban tabaco y le echaban el humo ; otros murmuraban en términos groseros de la lentitud del proceso ; Axtel se reia y mofaba de todo. En vano se dirigió á ellos el rey, y ya con gestos ya con palabras, probó de obtener algunos instantes de silencio y atencion : se le respondia con los gritos de : « Justicia! ejecucion! » Turbado en fin, casi fuera de sí : « Escuchadme! escuchadme! » gritó con apasionado acento : volvieron á empezar los mismos gritos ; inesperado movimiento se manifestó en las gradas del tribunal. Uno de los miembros, el coronel Downs, se agitaba en su asiento ; en vano sus dos vecinos, Cawley y el coronel Wanton se esforzaban en contenerle : « Tenemos pues corazon de piedra? decia, somos hombres? »—Nos perdeis y vos mismo con nosotros, le dijo Cawley.—No importa, replicó Downs ; aunque deba yo morir es preciso que lo haga. »

A esta palabra Cromwell que ocupaba otro asiento mas alto, le dijo bruscamente : « Coronel, estais en vuestro juicio? En qué pensais? No podeis permanecer tranquilo?—No, replicó Downs, yo no puedo permanecer tranquilo, » y se levantó al instante. « Milord, dijo al presidente, mi conciencia no está harto ofuscada para rehusar lo que pide el preso ; pido que el tribunal se retire para deliberar.—Ya que uno de los miembros lo desea, respondió con gravedad Bradshaw, debe retirarse el tribunal ; » y pasaron todos al instante á una sala vecina.

Apenas hubieron entrado, Cromwell acusó bruscamente al coronel pidiéndole cuenta del desórden y embarazo que habia causado. Downs se defendió con turbacion, alegando que quizá las proposiciones del rey serian satisfactorias ; que todo lo que se habia buscado y buscaba aun eran sólidas garantías ; que no era menester rehusar sin conocimiento las que el rey queria ofrecer ; que con él se debian á lo menos seguir las mas sencillas reglas del derecho comun. Cromwell le escuchaba con brutal impaciencia y se agitaba alrededor de él, interrumpiéndole ya á propósito.

« Vednos ya instruidos, dijo, de las grandes razones del coronel, para echarlo todo á perder de esta suerte ; él no sabe lo que se ha de hacer con el mas inflexible mortal que haya existido ; ¿ conviene que el tribunal se deje distraer y entretener por la voluntad de un solo hombre? Muy bien vemos el fin de todo esto ; él querrá salvar á su antiguo dueño ; acabemos, volvamos á entrar, y hagamos nuestro deber. » En vano el



INSULTOS PRODIGADOS A CÁRLOS I.